CFP 184 Francis Howgill 1672 ...la red de unión...

En el norte de Inglaterra, nos consideraban como los parias de Israel, como personas carentes del gran conocimiento que varios otros parecían tener. Sin embargo entre nosotros había más sinceridad y amor verdadero y más deseos de la presencia poderosa y viva de Dios que lo que había entre muchos en aquel tiempo que se precipitaban a las multitudes y a las formas pero dejaban la cruz atrás. En su amor eterno Dios se manifestó a nosotros, según el deseo de nuestros corazones que tanto lo anhelaban. Cuando nos apartamos de las tiendas de los pastores mercenarios, encontramos a aquel que nuestras almas amaban.[1] En su gran amor y su gran misericordia, Dios nos mandó un hombre de Dios, uno de diez mil, para instruirnos en la senda de Dios más perfectamente. Tal testimonio penetró las conciencias de todos nosotros, y se adentró a lo más íntimo de nuestros corazones, y nos impulsó a una búsqueda estricta y una indagación esmerada sobre nuestra condición por medio de la Luz de Jesucristo. Encontramos que el Señor del Cielo y de la tierra estaba muy cerca, y mientras le esperábamos a él en el silencio puro, con las mentes apartadas de todas las cosas, su presencia celestial apareció en nuestras asambleas cuando no había ni idioma, ni lengua, ni palabra de criatura alguna. El Reino del Cielo nos reunió y nos recogió como en una red, y de sola vez su poder celestial sacó centenares a la tierra. Llegamos a conocer un lugar donde morar, y cómo habíamos de esperar. El Señor se nos manifestaba a diario, cosa que nos causaba asombro, sorpresa y gran admiración, hasta tal punto que a menudo exclamamos los unos a los otros: "¡Qué! ¿Ha venido el Reino de Dios a morar entre los hombres? ¿Establecerá su tabernáculo entre los hijos de los hombres, como lo hizo de antaño? Y nosotros, los que éramos tildados parias de Israel, ¿recibiremos esta honra de gloria comunicada entre nosotros? — nosotros que éramos hombres de pocos dones y poca capacidad en comparación con tantos otros. A partir de ese día, nuestros corazones quedaron entretejidos con el Señor y los unos con los otros en ferviente y verdadero amor, en el pacto de Vida con Dios. Esto era un lazo o compromiso fuerte para con todos nuestros espíritus, que nos unía los unos a los otros. Nos congregamos en la unión del Espíritu, en el lazo de la paz, pisoteando bajo nuestros pies todo razonamiento sobre la religión. Y se encendió una santa resolución en nuestros corazones, un fuego que la Vida prendía en nosotros para servir al Señor mientras tuviéramos aliento. La Palabra de Dios

[1] Véase Cantares 3:3

aumentó con poder entre nosotros, y muchos deseaban el Nombre del Señor. ¡Oh día de gozo! ¡Oh día bendito! Nunca pasará esa memoria de mi mente. En fin, de esta manera el Señor nos formó como pueblo para su alabanza en nuestra generación.

—Francis Howgill, 1672